

PRECIO: 20 CENTAVOS



4
N.

COLOREDOS
CUENTOS

POR EL

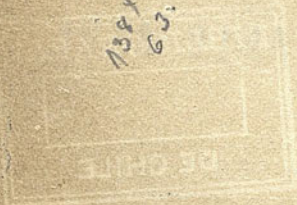
DIABLO AZUL

PRIMERA SERIE

SANTIAGO:
Imprenta de la Libreria Americana,
CALLE AHUMADA, 32 R.

—
1886.

138 188
63.



CUENTOS

COLORADOS

POR EL

DIABLO AZUL



PRIMERA SÉRIE



SANTIAGO.

IMPRESA DE LA LIBRERÍA AMERICANA

32 R, Ahumada 32 R.

1886

Juan Rafael Alendi



Los dejó en pampa.

La crónica que me ofrece datos para mis inocentes i verídicos cuentos es un manuscrito que, segun opinion de diversas intelijencias, debió haber pertenecido al célebre Boccacio o al festivo Quevedo. Que haya pertenecido al uno o al otro de estas dos lumbreras del chiste i de la gracia, para mí me es igual.

Ámbos fueron notables escritores, i ámbos tambien, miéntras el mundo sea mundo, tendrán que hacer reir hasta el cansancio a sus abundantísimos lectores.

Tengo seguridad de que talvez más de un hipocriton pregonará en público que estas notabilidades de la jocosidad no fueron ni son

otra cosa que unos escritores licenciosos e inmorales; pero apostaria mis dos orejas, con seguridad de no perderlas, que el tal hipocriton que así se espresa ha saboreado a solas i ha gozado admirablemente en mas de una ocasion con las producciones de tan festivos como orijinales escritores.

En una de sus pájinas cuenta la historia a que me refiero que existió en cierto apartado lugarejo un célebre capellan conocido en todos los alrededores, mas que por el nombre de pila, por su orijinal apodo.

Lo llamaban *el mellicero*.

Si era justa o nó la razon que daba orijen a semejante apodo, no seré yo el que trate de averiguarlo; baste solo saber que el fraile de nuestro cuento tenia gran variedad de sobrinos, sobrinos que habian tenido el raro capricho de nacer de dos en dos.

Se agrega además que nuestro fraile era de un carácter vivo i atolondrado, i tan hábil para tamborear en el arpa una ajitada *cueca* como para bailarla. Sabia a la vez preparar unos *gloriaditos* que despertaban el apetito de la sed hasta a los mismos muertos.

Conocidos estos antecedentes, se puede decir que este fraile sandunguero habia errado la vocacion i que, en lugar de militar en la falanje de los tranquilos capones, debió haber engrosado el rejimiento de los gallos mas *castizos*.

Fuertes amonestaciones habia recibido de prelados superiores por su vivacidad de jenio; pero ¿podrá dejar de perseguir zorras el perro que nació siendo zorrero?

Mas, dejando a un lado todo jénero de consideraciones, prosigo mi cuento.

Cierto dia se presentaron a la parroquia várias mujeres del lugar i espusieron la siguiente queja:

—“Señor cura, le dijo una de ellas, vengo comisionada por todas las mujeres de la vecindad para hacer a Ud. presente que, a consecuencia de la costumbre adoptada desde hace tiempo por los hombres de nuestro pueblo, nos es absolutamente imposible presenciar la ceremonia de la misa.

“Es el caso, señor, que los hombres suben hasta el presbiterio, i oyen además casi toda la misa de pié; por consiguiente, las pobres mujeres que nos quedamos, mal de nuestro grado, a retaguardia, no tenemos a nuestros ojos otra

cosa durante la ceremonia que una compacta muralla de espaldas masculinas.

“En esta virtud, rogamos a Ud., señor, se digne tomar alguna medida que corte de raíz esta falta i obligue a los hombres a que nos miren con alguna consideracion”.

El cura, como es mui natural, encontró justísima la demanda de las peticionarias i se comprometió a tomar las medidas del caso para que el inconveniente desapareciera.

El cura tenia un sacristan que era la calma personificada i, por ser tartamudo, tenia tanta dificultad para espresarse, que muchas veces habia necesidad de adivinar lo que queria decir.

Con todo, el cura lo encontraba a la medida de su deseo, porque el sacristan en cuestion era la honradez personificada i, como estaba más o ménos al corriente de los secretos del cura en todo aquello que tenia relacion directa con el apodo que lo distinguia, le agradaba que su servidor perteneciera a la categoría de los semi-mudos.

Ahora bien, cumpliendo nuestro párroco con lo que habia prometido a las mujeres, encargó al sacristan que al domingo próximo advirtiera a los hombres que se retiraran del lado del

presbiterio a fin de que ese sitio fuera ocupado por el sexo femenino.

El día indicado, nuestro sacristan, con pasmosa calma i con su acostumbrada media lengua, procedió a cumplir la órden del capellan i con pausada voz comenzó a deletrear desde el presbiterio estas frases:—"Pa... pa... para arriba! Pa... pa... para abajo!"

La jente toda se miraba las caras sin acertar a comprender el significado de aquellas palabras, i aunque el sacristan continuó repitiendo su deletreado estribillo, cada devoto permanecia tranquilo en su puesto.

Enfadado el cura con la simpleza de su servidor, sale de la sacristía i, terciándose el manteo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:—"Feligreses, polleras arriba, calzones abajo!"

La crónica no dice si los campesinos, que siempre entienden las cosas al pié de la letra, procedieron los unos a bajarse los pantalones i las otras a remangarse las polleras; pero sí dice que los muchachos del lugar, parodiando el mandato del cura, compusieron la siguiente estrofa, que recitaban en medio de estrepitosas carcajadas:

Arriba polleras,
Abajo calzones;
A rabo pelado
Se ven las visiones.





La Lámpara de la Vida.

Dicen las crónicas que en cierto lugarejo existió un hombre que respondia al llamado de Cornelio.

Dicho individuo era mui dado a tomar la fruta del cercado ajeno i a quebrantar el último mandamiento del Decálogo.

Para él no habian ni blancas ni morenas, ni grandes ni pequeñas, ni flacas ni gordas, ni hermosas ni feas.

También tenia otra afición; era loco por las manzanas, i probablemente por este motivo en todas las mujeres no miraba otra cosa que la apetecida manzana del Paraiso.

En cuestiones amorosas, el tal don Cornelio

no entendia de aquella insípida diplomacia que consiste en andarse por las ramas.

El platonismo era considerado por él como la ridiculez de las ridiculeces, i decia que era equivalente a, estando pereciendo de hambre, guardar ayuno en medio de los manjares mas apetitosos.

Don Cornelio era tambien nervioso i vehemente, pues, en toda contienda amorosa, a las pocas palabras pelaba el sable, i... a las mechas.

Dicen que era un combatiente infatigable i terrible i que sus estocadas a fondo eran inevitables.

Tambien se agrega que tenia por grito de guerra al entrar en batalla la siguiente frase: *creced i multiplicaos*.

Su fama entre todas las mujeres de la comarca era extraordinaria, i muchas sirvientillas, no sabemos si con razon o sin ella, lo llamaban *el amero*.

Sus oidos estaban ya cansados de oir las siguientes o parecidas frases: "¡Sosiéguese don Cornelio! ¡Qué no le amarraron las manos cuando estaba chico?

Su esposa concedora a fondo de que tenia

por marido a un incansable garañon, sufría horriblemente i lo reñía con repetida frecuencia.

En otras ocaciones por ver si se enmendaba lo hacia entrar a ejercicios, pero con esta medida ¿se aplacaba el torito?

Si, pero miéntras no divisaba la banderilla roja, esto es miéntras no tenia a quien embestir, mas, pasados los nueve dias salia furioso amenazando con una gran piedra, i la primera que pagaba el pato era su buena mujer.

Inútil era, pues, cuanta medida se tomaba, su mal era sin remedio; adolecia, segun sus propias palabras, del inquieto mal de la *tiesura*.

Con todo, viendo que su edad era avanzada, bastante lo preocupaba la cuestion de la muerte.

Abrumado por estas ideas soñó una ocasion que habia llegado a la presencia de Pedro.

De ese Pedro que, segun las cristianas creencias, es el eterno guardian de las puertas del cielo.

—¿Qué se ofrece? le preguntó con voz carrasperienta el venerable pelado, haciendo sonar una gran cantidad de llaves.

—Deseo tenga Ud. la bondad de decirme si aun me resta mucho tiempo de vida.

—Nada mas fácil, pasad adelante.

Lo condujo a una espaciosísima sala en la cual ardian millares de lamparillas.

—¿Qué significan estas luces? ¿Por qué hai algunas tan brillantes i otras tan débiles que parece que agonizan?

—Son relojes que marcan la duracion de la vida de los mortales.

—I esta que tiene tan poco aceite ¿a quién pertenece?

—Precisamente es la tuya.

—Jesucristo en caleza! Esclama nuestro héroe temblando de espanto...

Llaman nuevamente a las puertas del Cielo.

—Allá voi, grita Pedro, aguardad un poco.

I amonestando severamente a Cornelio, a fin de que en su ausencia no toque ninguna lámpara, sale Pedro a recibir al que llegaba.

—Aquí de las mías, dijo el viejo, i sin perder el tiempo, mete sus dedos en cuantas lámparas pudo con el objeto de llevar combustible a la agonizante luz que le marcaba su vida.

En esta operacion estaba cuando siente sobre su rostro el mas feroz de los porrazos.

—Perdon, mi señor San Pedro! esclama el viejo sátiro despertándose del sueño, bañado en sangre de narices.

¿Qué habia sucedido? Lo siguiente:

Nuestro héroe dormía con su esposa, i creyendo estar untando el dedo en las diversas lámparas, fastidiábala horribilmente, urgándole las narices, los oídos, la boca, el ombligo i en una palabra todos los huecos... etc., etc., i chupando en seguida su tan inquieto dedo.

Por este motivo la mujer, montada en cólera con tan importuno registro, lo despertó de la manera indicada.

I se acabó el cuento i se lo llevó el viento.





Las Diucas.

Desde tiempo inmemorial ha existido un tipo orijinalísimo representado por nuestros curas de campo.

En esta rama o categoría eclesiástica han figurado en gran cantidad hombres maniáticos i extravagantes en sus costumbres i sobre todo tan especiales en el lenguaje empleado en sus prédicas, que verdaderamente en más de una ocasion han hecho reir a sus mismos feligreces, i esto que los aldeanos son por regla jeneral la sencillez personificada.

La razon me la esplico yo de la siguiente manera:

Como toda la vida nuestros frailes i clérigos,

especialmente estos últimos, han sido hombres de batalla i de propaganda, jamás por jamás han desperdiciado la ocasion para engrosar sus falanjes i conquistarse adeptos.

De aquí proviene que las aulas de los conventos i seminarios siempre han estado repletas de muchachos insignes declinadores del *musa-musa*.

Dichos niños, ya sea por la falta de recursos de sus respectivos padres, o por un marcado fervor religioso, o bien por disfrutar de las rentas de alguna capellanía o por otros diversos motivos se han visto i se ven obligados a inclinar el cuello a la afilada navaja de la tonsura.

Hechos sacerdotes los individuos en cuestion, son elejidos los mas intelijentes i de mejor figura para los grandes centros de poblacion, i a aquellos de mollera mas cerrada o mas brutos, para decirlo en una sola palabra, se les designa alguna parroquia apartada, con la seguridad de que los sencillos moradores de aquella comarca han de hallar un portento de habilidad aún en las garrafales sandeces del ignorante párroco.

Mas, me agrada dar al César lo que le pertenece, i vaya una anécdota en corroboracion de lo que dejo dicho.

Se cuenta que un cura de campo, gracia a su habilidad, hizo aparecer a un subdelegado (que a veces son estas autoridades mas *requetebrutas* que los mismos párrocos) como un hombre de notabilísimo injenio.

El hecho sucedió de la siguiente manera:

El subdelegado en cuestion, talvez por alguna alcaldada cometida, mantenía relaciones algo tirantes con el gobernador del departamento, i habiendo suprimido, no sé si por olvido o intencionalmente, el *Us.* de costumbre en una nota que dirigió a su superior, recibió por tal omision el mas soberbio *raspa-cacho*.

El subdelegado todo desazonado muestra la nota al cura, i entónces fué cuando éste le redactó la siguiente notable pieza:

“A *Us.* el Gobernador de.....

Dispense *Us.* que no haya dado a *Us.* el *Us.* que a *Us.* le corresponde; yo creí que *Us.* era tanto con el *Us.* como sin el *Us.*; mas, ya que *Us.* es ménos sin el *Us.* que con el *Us.*, doi a *Us.* el *Us.* que a *Us.* le corresponde.

Dios guarde a *Us.*”

Pero, si bien es cierto que ese cura fué bastante ingenioso para tapar, por decir así, con tanto *Us.* a un susceptible gobernador, tenemos el desconsuelo de saber que una sola golondrina no hace verano.

Pero cesen las disertaciones i vamos al asunto que dá orijen al título de este breve cuento.

A la puerta de la capilla de una parroquia de aldea estaba en un día festivo un grupo bastante numeroso de campesinos esperando la hora de la misa.

De pronto aparece un muchacho ofreciendo en venta una cantidad de diucas.

Los huasos, después de regatear hasta donde les fué posible el precio de las avecillas, procedieron a comprarlas.

En este momento tocan en el campanario el tercero i último llamado, i todos los aldeanos entraron en tropel a cumplir con el precepto,

Cada cual oía la misa de la manera mas devota, cuando las diucas que el muchacho aún no habia vendido se escapan del canasto en que las llevaba i comienzan a revolotear por la iglesia despertando la atencion de todos los devotos.

Para mayor abundamiento, i talvez por ten-

taciones del Demonio, las diucas que ya habian sido vendidas i que estaban en manos de los compradores, al ver volar a sus hermanas, comienzan a gritar formando una enorme algarabía.

Enfadado el cura con semejante desórden, los amonestó de la manera mas severa, pero, como la grita continuara, e impuesto de lo acontecido, se dirigió a sus feligreses en los siguientes términos:

—“¿Cómo es posible, pedazos de gandules, que vengais a convertir la casa de Dios en una pajarera?

¿Desde cuándo acá esta falta de respeto?

Inmediatamente, salgan de este recinto todos los hombres que tengan diucas!”

I como el mandato era terminante, i los hombres eran por demás obedientes i sumisos, cuenta la crónica que en ese día solo oyeron misa las mujeres del lugar.





Alcuza vieja.

Aparte de lo ridículo, funestos son sin duda alguna los lazos matrimoniales en que se enredan, con bastante frecuencia por desgracia, ciertos viejos caducos e impotentes con niñas que están en el vigor de su vida.

Sin dejar lugar a duda, proviene precisamente de estos enlaces en edades tan desiguales la gran propaganda que hace la hermandad de *San Cornelio*.

Es enteramente imposible que se una sin desquiciamiento alguno el estío con el invierno.

Es completamente imposible que haya comunidad de ideas entre la viveza i la chochez.

Reinará el respeto, pero jamás la espontá-

nea simpatía, entre una abundante cabellera que anhela ser coronada a todas horas con flores i besos, i una cabeza coronada por una calva apergaminada.

No puede haber igualdad de expansiones entre una boca que sonrie de la manera mas seductora, ostentando los dientes más albos i perfectos, i una boca solitaria que solo sabe bostezar para mostrar en su cavidad una que otra muela raída por el tiempo.

Una boca juvenil es una mina de perlas i corales.

La boca de un viejo no es otra cosa que un osario en descomposicion i con mucha frecuencia un bullicioso gallinero.

La juventud es mariposa que en alas de la esperanza vuela de ilusión en ilusión.

La vejez es una oruga que teje con lentitud su propia mortaja.

Después de tan larga disertacion entremos en materia.

Se cuenta que un viejo setenton tuvo la malhadada ocurrencia de contraer matrimonio con una muchacha de la vecindad, llamada María.

La niña en cuestion era vivaracha i simpaticuilla; era además abultada de pecho, ancha

de caderas i de exelentes pantorrillas. Calcúlese por estas *hechuras* si después de casada sería exigente!

Nuestro vejete era negociante i en el piso bajo de la casa tenia su establecimiento comercial, i sus habitaciones en el piso superior.

Durante los tres primeros dias de matrimonio el viejo no le aflojó un pelo, i casi puede decirse que se batian con armas iguales.

Mas, esto no podia continuar así: era necesario no desatender el negocio que habia permanecido cerrado durante los tres dias de pelea.

Bajó, pues, nuestro viejo a su establecimiento con gran descontento de la muchacha.

Mas, se comprenderá, sin que tenga lugar a decirlo, que bajó mui pálido i ojeroso, por lo que recibió punzantes bromas de sus amigos de confianza.

En estas bromas estaban los amigos cuando la novia, asomándose por una escala que unia los dos departamentos, comenzó con insistencia a llamar a su marido.

Los amigos del viejo se retiraron por prudencia, i don Ciriaco, que así se llamaba nues-

tro héroe, cerró su establecimiento para acudir al llamado de su esposa.

Ciriaco, después de consolarla segun sus fuerzas le ayudaban, le advirtió que para otra vez que lo necesitara i siempre que estuviera él con otras personas, para evitar bromas e indirectas picantes, se valiera para llamarlo de la siguiente espresion: "*Quiero aceite.*"

En efecto así lo hizo la obediente esposa, pero con tenacidad tan repetida que el pobre don Ciriaco llegó a perder hasta la *llave*, por cuyo motivo en fuerza de irse descarnando, mas parecia ánima en penas que sér viviente.

Por fin, en una ocasion, en medio de sus grandes esfuerzos por proporcionar aceite a la llama voraz de su mujer, le aflije una necesidad mayor, i no pudiendo resistir, i sin decir "*agua ró,*" quedó convertido de cintura abajo en una guagua de cortos meses.

—Pufff! cochino! esclama la ardiente niña, tapándose las narices, ¡cómo te atreves a tanto?

—Hija mia, ten paciencia, le responde el tembloroso viejo; te prevengo que no me pidas mas aceite, porque la alcuza ya está agotada i, en prueba de ello, hoi ya te he dado hasta la borra!...



El lego Tira-tira.

La escena tiene lugar entre frailes.

Después de una gran comilona se acordó entre ellos narrar algunos chistes.

Cada cuentecillo provocaba hilaridad jeneral i repetidos aplausos.

Formaba parte de la comunidad un lego que, segun fama, era magnífica chueca.

En prueba de lo que dejamos dicho citaremos un ejemplo:

Habiendo recibido quejas el padre provincial de la órden a que pertenecia este célebre lego, de que casi todos los frailes de su convento acostumbraban salir por la noche a echar, como se dice vulgarmente, una cana al aire por esos

mundos de Dios, ordenó terminantemente al hermano portero que no dejase salir a ningún fraile bajo pretesto alguno sin orden superior.

En fuerza de este mandato nacieron los grandes apuros para los miembros de aquella comunidad.

¿Cómo salir del convento siguiendo la vieja costumbre?

¿Cómo burlar la vijilancia del hermano portero?

¿Cómo renunciar tan de repente a las festivas tonadas i zapateadas *cuecas*?

Sin que hubiera llegado la época de la Cuaresma, ¿cómo privarse de las nutritivas cenas i de los incitantes i sabrosos ponches?

¿Cómo renunciar de una manera tan brusca al juego de la *argolla* i al del *mata-sapo*?

En estas reflexiones andaba la comunidad cuando el lego Tira-tira exclamó: “¡*Eureka!*”

I a renglon seguido empezó a bailar cantando las siguientes estrofas:

Ya cesó, hermanos mios,
El cautiverio,
Hoi pueden los chincoles
Tender el vuelo,
I así en volúmen

Disminuirá la piedra
Que nos aturde.

Pastorcillos de cabras
Ya no seremos,
Tampoco presidarios
De este convento;
Haya cautela,
I tendremos sandungas
Con lindas hembras.

Despues de una risa jeneral le pidieron al lego la esplicacion de su alegría i del hallazgo que les anunciaba, i el interrogado respondió estas palabras:

—“Ya tenemos abierto a nuestros deseos de jarana una fácil puerta de escape; escuchad:

“Todos los dias lúnes, a las oraciones segun costumbre, se sácan en grandes canastos para el lavado nuestros hábitos i demas ropas.

“Ahora bien, mediante una corta propina que pondremos en mano de los individuos encargados para este oficio, conseguiremos que nos saquen en forma de rosca o de ovillo a respirar el aire puro de nuestras calles favoritas.

La salida se irá haciendo por turno, i yo, en bien de la amistad, haré el sacrificio de ser de los últimos.”

Se aceptó la idea, i después de un viva jeneral al lego Tira-tira se disolvió aquella improvisada asamblea.

Desde el primer lunes se puso en práctica la idea del lego i todo marchaba a las mil maravillas, salvo los marcados esfuerzos que tenia que hacer el cargador al echarse a la cabeza el encanastado contrabando.

Pero sucede que en cierta ocasion uno de los cargadores, al salvar los umbrales de la porteria, dá un soberbio tropezon, i, perdiendo el equilibrio, echa a rodar por el suelo la canasta.

En fuerza de aquel porrazo mayúsculo, salta el lujurioso contrabando envuelto entre las ropas que lo ocultaban, lo que, observado por el hermano portero, fué puesto inmediatamente en conocimiento del Provincial.

El superior hace reunir a toda la comunidad, i en presencia de ésta, comienza a reprender al héroe de aquel percance, que no era otro que el gracioso Tira-tira.

Entre varios cargos que le hizo le dijo con el tono mas amargo:

—“Hermano Tira-tira, Ud. es el mortal mas temerario, es además todo un sinvergüenza, ha perdido Ud. la delicadeza por completo i creo que con dificultad la volverá a encontrar.”

Oidas estas palabras por el astuto lego, se dirige a un rincon de la sala, i, poniéndose en cuatro piés, hace como que se ocupa de buscar algo.

—Al ver esta actitud, el Provincial le grita enfurecido:

—¿Qué clase de atencion presta Ud. a las reconvencciones que se le hacen? ¿Qué busca Ud. en ese rincon? ¿Por qué se coloca en cuatro piés como chiquillo de teta?

—¡Ai! Padre Provincial, le replica el lego, estoi tan apesadumbrado por haber perdido la delicadeza, que desde este momento comienzo a buscarla.

Gracias a esta salida tan resuelta e ingeniosa el lego fué perdonado en medio de una risa jeneral.

Conocido ya nuestro héroe, prosigamos el cuento:

—Vamos, hermano Tira-tira, le dijo el Provincial, cuéntenos usted algun chascarro.

El lego se escusó, pero al fin tuvo que acceder i comenzó así su narracion:

—Soñé una noche que, caminando en persecucion de una tórtola mui pechugoncita, escalé una elevada montaña.

De pronto i sin saber cómo, resbalé por una pendiente.

¡Qué amarillos aprietos experimentaba este humilde siervo del Señor en aquellos momentos, previendo que se iba a despedazar en el fondo del abismo!

Con las ánsias de la desesperacion, tendí mis manos en todas direcciones por ver si conseguia algun punto de apoyo; pero, nada! las ramas se cortaban, los guijarros se desprendian, i el pobre lego seguia rodando!...

Por fin, mis reverendos padres, logro encajar este dedo (i mostraba el pulgar) en el hoyo de una grieta que me deparó la suerte, i sentí, con gran estrañeza, que apesar de que todo mi cuerpo estaba sujeto del dedo que he indicado, me dolia horribilmente, nó el dedo, pero sí el agujero donde lo tenia metido.

¿Encuentran ustedes mui raro i fenomenal

este acontecimiento? Pues, señores reverendos, para mí es la cosa mas natural del mundo.

Como estaba yo mui tranquilo en mi cama i como todo mi susto no pasaba de una simple pesadilla, resultó que el hoyo en que tenia metido el dedo es... uno que está... mas abajo del espinazo!

Una carcajada jeneral puso término al chascarro del lego Tira-tira.





Cálculo mercantil.

Esta era una costurerita llamada Luisa, joven honrada i juiciosa, lo que al presente es casi increíble, puesto que ya es una especie de moda, tanto aquí como en otros países, que toda hija de Eva, por el solo hecho de pertenecer al gremio de las agujas, tiene que ser inclinada a todo jénero de zurcidos i pespuntos amorosos.

Pero nuestra heroina era tan formal i tan empeñosa por hacerlo todo, que siempre habia rechazado con marcada enerjía a los comedi-dos que se proponian enhebrarle la aguja.

Con estos antecedentes no es de estrañar que la tal costurerita se mantuviera *como Dios manda* i que fuera, por lo tanto, mui digna de

figurar en aquel rejimiento que ignoró lo que es canela, rejimiento conocido bajo el nombre de las "once mil vírjenes".

La costurera Luisa, durante su niñez, habia aprendido en una escuela pública a leer i escribir, más o ménos con perfeccion, las cuatro primeras operaciones de la Aritmética i algunas nociones de Jeografía.

Comprendiendo que el trabajo honra a toda persona, apénas salió del colejio, se dedicó a la costura para ganar la subsistencia, al revés de otras que, por el solo hecho de adquirir en las escuelas del Estado algunos rudimentos preparatorios, se imaginan que son grandes señoras i se avergüenzan, no solo del trabajo, sino tambien hasta de los padres a que deben el sér, por figurar éstos en la categoría de operarios o jentes del pueblo.

I son cegadas en tal extremo por esa funesta vanidad o pretension sin límites, que prefieren, a la vida honrada del trabajo, precipitarse engalanadas con sedas i relumbrones por el tortuoso sendero de *la calle del medio*.

Lanzadas en ese abismo de perdicion, viven en abierta lucha con el repugnante *don Galindo*, hasta que, horribles i despreciadas aún por

los que fueron sus mas empecinados adoradores, ruedan a la fosa comun!...

La jóven Luisa era hija espósita, lo que prueba que talvez era fruto de algun desliz de la aristocracia, desde el momento que bien se sabe que la jente del pueblo o de mediano valer jamás por jamás abandona a sus hijos en brazos de la caridad pública,

En efecto, ¿qué le importa a una hija de la clase menesterosa que se diga que ha salido con su *descuido*.

Nada; absolutamente nada! Ella se rinde, como se rinde casi siempre esta clase de personas, en fuerza de la apremiante miseria o del amor, i en uno i otro caso el fruto de semejante caida es su verdadero hijo, i a la faz del mundo lo declara sin rubor i sin ambages.

Entre tanto que los hijos de la corrompida i metalizada aristocracia, de esta clase privilegiada donde se desconocen las santas leyes del amor espontáneo i desinteresado, son considerados como un borron que mancha la página de un apellido i por eso es fuerza que ese borron desaparezca.

De aquí proviene que se apela en tan criticos casos al raspador, poco humanitario sin duda

alguna, pero necesario segun ellos, raspado^o conocido con el nombre de casa de la Providencia. Para esto el remedio es sencillísimo, i el dinero todo lo alcanza.

La aristócrata que se siente acometida, apesar de los activos purgantes tomados a hurtadillas i de no poca cantidad de papelillos *sécale*, de aquella postiza gordura que mes a mes marcha en aumento, es encerrada en algun asilo (por ejemplo, la casa de Santa Ana, atendida i rejentada por las hermanas de Santa Teresa) hasta que la clueca empolla el huevo,

Abandonado el empacho, polluelo i gallina toman diversos derroteros; el primero vá camino de la Providencia, i la segunda vuelve al hogar, advirtiéndole que regresa de la hacienda del pariente tal o cual, o bien de alguna ciudad apartada donde dice ha estado atendiendo a una tia enferma, etc. etc.

—Pero, ¡qué flaca i pálida has vuelto! le observa alguna de sus amigas.

—¿Qué quieres? le responde con la mayor desenvoltura la viajera en cuarentena, ¡quién resiste a una série de trasnochadas a la cabecera de una enferma?

I luego, variando con toda naturalidad de

conversacion, agrega:—I ¿qué dice “La Moda elegante”? ¿Han abaratado las blondas i las sedas en la casa de Prá?...

¡Ah! mundo, mundo infame! ¡Cuántas miserias i crímenes ocultas en tus réjios palacios, revestidos con los valiosos rasos i el ajustado guante blanco!

Pero, como nuestra mision no es hacer derramar lágrimas, sino hacer reir, corramos un oscuro velo sobre tántas iniquidades i prosigamos nuestro cuento.

Luisa tiene al presente veinte años cumplidos, piés pequeños, exelentes pantorrillas i hermosos cabellos; pero, ¡maldito pero! su pecho es una segunda espalda i su cara está zurcada por los estragos de la viruela.

La costurera, pues, no podia llamarse hermosa; mas, como era honrada, podemos tambien asegurar que pudo haber hecho la felicidad del artesano mas exigente.

Pero pasaban los dias i los meses, i a la pobrecita, valiéndonos de la espresion picaresca de sus compañeras de labor, nadie todavía le habia hablado de veras.

Esto, que para otra persona habria sido considerado como una cruel calamidad, a nuestra

virtuosa costurera no le daba ni frio ni calor.

Entre las compañeras de taller que tenia Luisa, figuraba una graciosa i amable muchacha llamada Rosa, que era modelo de laboriosidad i buena conducta.

Por este motivo Luisa abrigaba por la indicada jóven toda la estimacion i el cariño de verdadera amiga, sin que por esto dejara de ser mui fina i atenta con sus otras compañeras de trabajo; pero tenia especial cuidado de apartarse un poco de ellas porque notaba que se preocupaban, más que de la aguja, de los asaltos i guerras por *Marruecos*.

La amiga de nuestra costurerita halló por fin su media naranja i se retiró de la labor para establecerse con su esposo al frente de una pequeña negociacion.

Por indicaciones de Rosa, Luisa, que se sentia enferma por efecto de la costura, dejó tambien el taller i con el producido de algunos ahorros se estableció al frente de su querida amiga con un negocio análogo.

Pero, ¡rudos caprichos de la suerte! en tanto que la negociacion de Rosa tomaba vuelo i se desarrollaba admirablemente, el negocio de Luisa cada dia iba más a ménos.

Entonces fué cuando ésta
la falta de un esposo.

Pues, la pobre Luisa, por efecto de su . . .
tar, no era ni podía ser madrugadora, i como
tal, le era difícil atender su negocio de la ma-
nera requerida.

Abria tarde i se recojia temprano, perdiendo
así las mejores horas de la venta.

Por este motivo se le oia esclamar con amar-
go desaliento i con bastante frecuencia:

—“Rosa progresa i el negocio se le agranda
porque tiene un marido jóven i vigoroso que la
quiere i la complace, abriéndole el negocio mui
de mañana.

“¡Ah! si yo fuera casada, tambien solicitaria
de mi esposo que me abriera el negocio con las
primeras luces del dia, i así tengo plena segu-
ridad de que mi negocio se ensancharia!” . . .

Pobre costurerita! Las crónicas no dicen, i
por eso nosotros lo ignoramos, si al fin encon-
tró Luisa el hombre que necesitaba.

Pero, a fuer de personas de buen corazon,
quedamos haciendo votos por que lo encuentre
cuanto ántes, a fin de que el negocio se le *en-*
sanche i se le *agrande* a la medida de su deseo.



virtuosa costurer

Entre les

Les



El gato.

Para saber i contar i escuchar para aprender, que esta era una viejita.

Dicha anciana, que era mui dada a pláticas i sermones i mui crédula en milagros de toda naturaleza, tenia una hija mui hermosa llamada Conchita.

Dicha muchacha tenia un gatito negro mui regalón i tranquilo, en cuanto puede serlo un gato, con ecepcion del mes de Agosto, que talvez por ser el mes de gran sarao en los de su casta, le agradaba correr tejado arriba o tejado abajo entonando serenatas a las damas de su pensamiento.

Mas, no se crea, por lo que dejamos dicho, que el gato de Conchita ayunara durante los

otros meses del año, nó, i mil veces nó. Tenia por costumbre no desairar en ninguna época a las gatitas que encontraba a tiro,

El gatito de que hacemos referencia le servia a su ama a las mil maravillas para ciertas empresas amorosas que tenia entre manos.

Como la vieja, apesar de ser mui dada a la iglesia, segun dejamos dicho, vijilaba mucho a su pimpollo, la muchacha, para verse con un amante que tenia, dejaba todas las noches intencionalmente el gato fuera del cuarto en que dormian.

Luego esperaba que la madre estuviera recojida i, so pretesto de que temia que le mataran el gato que habia dejado fuera, salia de la habitacion con direccion al huerto.

Escusado es decir que la apasionada muchacha pasaba largos instantes buscando el animalito en brazos de Agustin, su afortunado amante.

Además, para alejar toda sospecha del ánimo de la madre, llamaba de vez en cuando a su *cuchito*. ¡Qué escenas tan diversas representaban durante esas noches la vieja i la jóven!

En tanto que la devota anciana rezaba con fervor los *virgos* de las letanías, la apasionada muchacha, despreciando *virgos* en medio de su

pasion volcánica i trémula de placer, recibia besos de fuego de su amante.

Por fin, una de esas noches la devota vieja notó que su hija se demoraba en el huerto algo más de lo necesario, e inquieta por esta tardanza i al mismo tiempo alarmada por cierta especie de jemidos lánguidos o de suspiros que le pareció oír, se levantó precipitada.

En tan eminente peligro el amante emprende la fuga i al saltar una tapia revienta al pobre gato de Conchita que en esos momentos, a imitacion de su ama, estaba asechando a una gati-ta de la vecindad.

La madre, al ver a su hija un tanto revolca-cada, le pregunta:—¿Que tienes? ¿Por qué sus-pirabas i jemias?

—¡Ai! madre, le responde la viva muchacha arreglándose las enaguas, jemia i suspiraba porque *me han muerto el gato!*...

Rodaron los dias i la muchacha privada de ver a su amante, que se le hizo humo desde aquella noche, se puso melancólica i llorosa.

I la buena vieja contaba a sus amigas que su pobre hija estaba triste i ojerosa porque le ha-bian muerto el gato.

Por inspiraciones propias i consejos de sus

amigas, hizo mandas para que el gato resucitase.

I con gran sorpresa de todos, al fin de nueve meses contados desde el dia en que le mataron el gato, se operó el milagro.

Pero se efectuó con una sola diferencia, a saber: que el gatito vino transformado en una robusta criatura, a la que dieron el nombre de Cuchito, como un grato recuerdo del perdido.





Las naranjas del cura.

En una aldea que no hace al caso nombrar, habia un cura, individuo sencillote e ignorante como son casi todos los curas de campo, i ¡cosa rara! no tenia *sobrinos*, como los tienen en jeneral todos los frailes.

Dicho párroco era estraordinariamente avaro, notable punto de parecido con infinidad de reverendos, i no le daba, como se dice vulgarmente, un grano de trigo al gallo de la pasion.

Su único placer consistia en acumular riquezas, i en cuestiones de colecta de limosnas era devotísimo cofrade de la hermandad conocida con el nombre de "*Nuestra Señora de la Estrella*," lo que traducido a castellano claro no es otra cosa que *la mitad para mí i la mitad para ella*.

Era dueño, por consiguiente, de repletos graneros, de abundantes gallinas i de no corta cantidad de corderos i cabras, notándose una particularidad en estas últimas, particularidad que consistia en que jamás se le iban.

Tenia tambien un estenso huerto poblado de árboles frutales de todas clases.

Los niños que en todas las épocas i en todas partes del mundo son locos partidarios de la fruta, hacian una guerra tenaz i sin cuartel a los planteles del cura, valiéndose de diferentes argucias.

Para ello atisbaban la hora en que el cura acostumbraba a dormir a calzoncillo quitado su prolongada siesta, i aquella en que el sacristan, por imitar a su amo, se tendia tambien a la Bartola.

Es fuerza advertir que estos numerosos zorzales de cabeza negra en más de una ocasion fueron espantados por órden del párroco con humeantes varillazos aplicados por las robustas manos del sacristan.

Estos zurriagazos necesitaban venganza, i los muchachos castigados atisbaban con marcado empeño una ocasion propicia.

Ella no tardó en presentarse.

Un Domingo del mes de Agosto, en circunstancias de hallarse el avaro cura diciendo misa a los aldeanos del lugar, varios de los agraviados muchachos se dijeron: "Esta es la nuestra."

I sin pensar en más procedieron a despojar de su fruto a un hermoso naranjo que el párroco cultivaba con mucho esmero en medio de su jardin.

Esta operacion precisamente la practicaron en el momento considerado como el mas solemne en toda misa, esto es en el momento de alzar. Aunque, segun mi humilde comprension, el momento mas crítico i solemne de toda esa ceremonia es aquel en que el goloso fraile se desayuna, nada ménos, que con todo el Hijo de Dios.

Servian de adorno en el altar algunos pequeños espejos que precisamente estaban colocados de manera que en sus lunas se reflejaban parte del jardin i el cargado naranjo ídolo de las atenciones del cura.

Por este motivo i contrariado hasta el extremo, el cura pudo observar el despojo de que era víctima en momentos tan críticos.

I como uno de los muchachos subiese por el tronco del árbol en circunstancia que el fraile

elevaba la hostia, el avaro cura olvidándose por completo de su ministerio, repetia con voz ahogada por el despecho:—“Sube, hijo de una grandísima p..., sube, hijo de una grandísima p..., que después me la pagarás!”

Hecho el robo, los muchachos entraron a la capilla con todo el disimulo del caso.

El párroco tenia por costumbre a la conclusion de la misa explicar a sus feligreses el Evangelio del dia; pero, preocupado como estaba con el robo de las naranjas, no supo en la plática dar en bola.

Entónces fué cuando se esplicó en estos términos:

—“Hermanos mios: mui triste es deciros que la ratería aumenta.

“Recientemente me han despojado de una cantidad de naranjas.

“Yo pido a los que han sido autores del robo que me las devuelvan.”

I volviéndose en seguida al altar replicó:

—“Como es lójico i natural que tengan vergüenza de tirármelas por delante, tírenmelas por detrás.”





La llave del tonel.

Antes que el suelo de nuestro querido Chile se viera cruzado por ferrocarriles, se salvaban las distancias a lomo de caballo o en carruajes que tenian diversos nombres segun la forma.

Para comodidad de los viajeros estaban sembrados todos los caminos de paraderos o posadas donde el fatigado caminante hallaba bueno o mal reposo para sus machucados miembros i algun consuelo para sus debilitadas tripas.

En muchas de estas posadas se solian encontrar agradables palmitos que con inimitable desenvoltura ayudaban al alojado en la época de los calores a sacudir el polvo. I a fé que habia algunas que eran eximias en el arte.

Con cuánto placer despues de una pesada jornada se llegaba a estas casas de hospedaje, donde se saboreaban las ricas cazuelas i los sabrosísimos valdivianos!

Con cuánta satisfaccion el militar que, por asuntos del servicio, atravesaba en el invierno esos fangosos caminos soportando a veces torrenciales lluvias, se bajaba en estos paraderos a secar sus ropas i limpiar el sable!

En uno de tantos caminos levantaba sus blancas murallas una modesta posada servida por una mujer excesivamente gorda i tan *requetefea* que ni aun con la cara tapada se le habria atrevido el mas robusto fraile.

Atendida la obesidad de esta Maritornes, tambien somos de parecer que el célebre don Quijote aun en su mayor estado de locura no se habria llevado el petardo de tomarla por su tan recordada Dulcinea.

I ¡lo que son los contrastes i caprichos de la naturaleza! Esta mujer tan excesivamente fea era madre de una muchacha bellísima!

A dicho pimpollo, que respondia al nombre de Rita, la primavera habia tenido el placer de ofrecerle en dieziocho ocasiones violetas para su torneado seno i frescas rosas para su linda ^{gü} frente. _{po}

Ña Peta, que así llamaban a la posadera, la vijilaba con una tenacidad infatigable, alegando que cuando las uvas están en toda su sazón hai que cuidarlas mucho del pico de los zorzales.

Por lo tanto ningun pasajero, por más que hubiera ideado diferentes argucias i tocado diversidad de resortes, habia podido cantar victoria.

Todos los hombres viejos i jóvenes, paisanos o militares i hasta los mismos frailes se contentaban estrechándola con los brazos del deseo i, como el pensamiento es libre, la besaban i hasta la mordian con el pensamiento.

Rita era pues una jóven mui interesante, i por consiguiente todos al verla hasta sin ser soldados echaban lijerito armas al hombro.

Por fin cierto sujeto se propuso conquistar la plaza.

En efecto, a fuerza de dinero i agazajos por una parte, i por otra haciendo beber a la vieja ponchecitos i *tongos* a cual mas cabezon, consiguió pasar a la habitacion de la posadera, habitacion por donde estaba la única comunicacion con el cuarto de Rita.

El dormitorio de Ña Peta era una sala cuyo pavimento lo componian desnudos ladrillos.

El ajuar consistia en una cama, tres o cuatro silletas rotas i una especie de sofá.

Cerca de los piés del lecho se alzaba arrogante un tonel de regulares dimensiones que contenia la mejor chicha que se haya bebido.

El pretendiente para satisfacer sus esperanzas de conquista, no tenia otro empeño que tumbar a la vieja; pero para conseguirlo tuvo él tambien que levantar el codo algo más de lo necesario.

Pero sucedia que, para mayor abundamiento i mayor desgracia del Tenorio, la posadera tenia la cabeza blindada con la piel de Baco.

El aguardiente mas poderoso era para ella, lo que las balas de algodón atacando una fortaleza.

Perdiendo la esperanza de vencer por este medio, el galán varió de sistema, para lo cual se recostó en el sofá que hemos indicado i comenzó a finjirse el dormido.

Ña Peta por otra parte, viendo que su parroquiano se rendia al sueño, determinó acostarse, pero tuvo buen cuidado de asegurar primero la cerradura del cuarto vecino donde dormia Rita.

Efectuada esta operacion, que naturalmente no pasó desapercibida para el galán, examinó un revólver que colocó cuidadosamente debajo de la almohada, apagó la luz i todo quedó en tinieblas.

Entre tanto, el galán a quien no le habia hecho la menor gracia la vista de aquel cachorro

de boca de fuego, se devanaba los sesos ideando el medio de poder penetrar a la habitacion de la jóven.

—Le robaré la llave miéntras duerme, pensaba; pero a continuacion tambien traia a cuentas que la vieja dormia armada, i esta sola idea lo hacia sudar de piés a cabeza.

Por fin, nuestro héroe se dió cobardemente por derrotado i, para darle un velo a su derrota, filosofaba de la siguiente manera:

—“Verdaderamente soi un temerario sin perdon; ¿qué mal me ha hecho esa pobre muchacha?

Ninguno! I siendo así, ¿cómo es posible que me empeñe en lanzar lodo a ese espejo de inocencia?

Desisto, pues, de semejante infamia! Quede ella con su cartucho i yo con mi conciencia tranquila!”

Qué argumentaciones tan morales i sábias se hacia nuestro Tenorio al solo recuerdo de aquella media docena de puntos suspensivos colocados en la nuez de un revólver!

¿No es verdad que tan prudentes consideraciones guardan un perfecto símil con el bonito apólogo intitulado la zorra i las uvas?

Pero prosigamos el cuento.

En tanto que nuestro héroe filosofaba de la manera que hemos indicado, la posadera, cual si fuese ancho fuelle de fragua, soplabá por arriba i por abajo.

Al arrullo de estos resoplidos el enamorado comenzó a ser dominado por Morfeo.

Mas, ántes de dormirse i por efecto talvez de lo mucho que habia bebido, se siente acometido de una sed espantosa.

Se acuerda de la chicha, i sin pensar en más, se dirije al tonel con toda la precaucion posible, tuerce la llave i paladea el delicioso néctar.

Apagada la sed, vuelve al sofá i se queda dormido como por encanto.

No pudo apreciar ni aun con mediana exactitud el tiempo que durmió, pero es el caso que cuando despertó sintió un ruido parecido como al de un tonel que derrama su líquido por haber quedado la llave mal ajustada.

—“Caramba! dice el jóven, con la prisa de volver al sofá, he dejado talvez abierta la llave de esa pipa, i es lástima grande que se esté perdiendo tan esquisito líquido.”

I sin pensar en más, i guiado por el ruido, se dirije, con un sijilo admirable, a torcer la llave.

Al efectuar esta operacion, el jóven, acor-

dándose del revólver, iba dominado por un aturdimiento mui parecido al miedo, motivo por el cual a cada momento le parecia sentir un *¡quién vive!* acompañado de una detonacion tan imperiosa que ni aun le diera tiempo para entonar el poético

Gran Dio! Morir si giovane.

Finalmente, cuando por el ruido creyó estar cerca del tonel, avanza la mano para tapar primeramente con el dedo el punto de escape, en tanto que con la otra debia de cerrar la tuerca.

Pero un grito i un terrible salto pusieron fin a esta escena de tinieblas.—¿Qué habia sucedido?

Vamos a saciar tan justa curiosidad:

En fuerza de las repetidas libaciones a que se vió obligada la gorda posadera, recordó a media noche fatigada i con gran deseo de hacer *pi-pi*.

I esta necesidad era tan apremiante que no le dió tiempo de buscar la *cantora*, i como la pavimentacion de aquel dormitorio favorecia a este apremio, comenzó a desaguar el costal donde primero se le ocurrió.

Sabido es por todo el mundo que despues de una abundante libacion en honor de las parras, el primer desague es tan largo que parece interminable.

Ahora bien, en esta operacion estaba Ña

Peta, cuando el jóven despierta i hace las reflexiones que hemos indicado.

Fuerza es tambien advertir que la posadera le tenia un terror pánico a las sabandijas i a las ratas, lo que puede parecer algo raro en una mujer de campo.

El galan quedó pasmado de admiracion durante el primer segundo, al notar que la chicha, tan fresca poco ántes, estaba entónces, bastante caliente, i con la rapidez de la imaginacion dijo para su colete: "Con qué rapidez ha fermentado este líquido!"

Mas, un segundo despues, cuando estrechó las filas, siente un grito espantoso que reconoció era dado por la vieja.

La pobre mujer en medio de las tinieblas se imaginó que algun resuelto lagarto buscaba por equivocacion el escondite ménos adecuado!

En conclusion, la vieja se desmayó con el susto, i el galan en medio de la confusion, apoderándose de la llave, penetra en el cuarto de su anhelado tesoro.

I se cuenta tambien que en aquella noche la niña, por no ser ménos que su madre, se desmayó repetidas veces en brazos del afortunado Tenorio.





La gatera.

En tiempo no mui lejano era costumbre, aun en las damas de mas copete, tener un falderillo, bien fuese perro o gato,

Entre los primeros figuraban las *Diamelas*, los *Jasmines*, los *Copitos*, etc. etc.; quiltrillos éstos bulliciosos e incómodos i que, apesar de su lana blanca i fina i apesar del esmero con que eran atendidos, no dejaban por eso de ser un lío de pulgas i de atacar a veces de la manera mas traídora el olfato ménos delicado.

Disputaban la preferencia de los citados animalejos, los gatitos que, aun siendo partidarios, como son, de hacer entierros en los jardines, i de inutilizar con punzantes olores alfombras i

muebles, al fin i al cabo son mas útiles que los primeros.

Entre estos animalitos se preferian i eran de gran estimacion los traídos de las provincias del norte, que son de un color plomo i con ojos de *gringo*, como dicen las jentes del pueblo por los ojos azules.

Como rara ecepcion a la regla gatuna, solia haber animalillos de éstos tan limpios i *bien enseñados*, que jamás hacian sus necesidades en las habitaciones, pues tenian paciencia de maullar i de fruncir ántes de cometer algun desaguisado, hasta que el individuo mas desvelado con los *miau* del animal se comedia a abrirle la puerta.

De esta verdadera molestia nació la invencion de las *gateras*.

Se llamaba *gatera* un agujero redondo que se hacia en el tablero mas bajo de la puerta del tamaño necesario para que los *cuchitos* pudieran salir o entrar a su regalado gusto.

Al corriente ya de lo que en tiempo de nuestros abuelos se llamaba una *gatera*, vamos al cuento:

Cuentan las crónicas que una señora de aquellos tiempos, madre de una niña bastante bien parecida, tenia en su casa gatito i gatera.

La señora era mui dada a la relijion, i la niña mui inclinada al sexo masculino: cuestion de temperamento indudablemente.

I agrega la historia que la jóven estaba locamente enamorada de un inglés, de igual suerte que el *míster* lo estaba de ella, i previene además que abrigaban las mas puras intenciones.

La buena vieja sufría horriblemente con este *camote* i acumulaba de su parte todo jénero de obstáculos a fin de desbaratar esos lazos amorosos.

Un dia, i sin que mediara el anticipado anuncio, se presenta el inglés en casa de la señora.

—¿Qué se le ofrece a Ud.? le preguntó ésta.

—*Mi querriendo mucho a la iquita de vosté; mí tener mucho contentamiento si vosté querer casa con ella.*

—Imposible! mi hija no será jamás la esposa de un protestante!

Tal le dijo i trémula de despecho le volvió la espalda i dejó al buen pretendiente mas frio que un témpano de hielo.

El inglés se retiró corrido, pero no desmayó en su empresa.

Una vez que la señora vió en la calle al apasionado británico, se echó a llorar, i entre sollozo i sollozo esclamaba:

—“¿Cómo es posible que mi niña, buena cristiana e hija de padres apostólicos romanos, dé su mano de esposa a un protestante? ¡Jamás! Dicen que es rico, trabajador i honrado i que no carece de inteligencia; pero nada de eso me importa un comino; es hereje i *mason* i, como a tal, lo detesto!”

I luego, llena de *uncion* i *caridad cristiana*, exclamaba:—“Ojalá que la tierra tragara a mi hija mil veces ántes de semejante enlace!...”

Entre tanto, los amantes seguian cada vez mas empecinados, i como contra siete vicios hai siete virtudes, a cada obstáculo que oponia la fanática vieja, ellos encontraban fáciles medios de salida.

Por fin, el canchero de la vieja los fué estrechando de tal modo, que a los pobres amantes no les quedó mas recurso que la gatera.

Todas las noches la jóven i el inglés tenian su cita por aquel agujero; citas que eran amenizadas por apasionados besos.

La beata, que se volvia todo un Argos, una noche sorprendió a su hija en la gatera.

Inmediatamente lo comprendió todo, pero procuró no ser vista i escuchar lo que se decia.

El apasionado luterano, con su acostumbrada

jerga semi-castellana, le juraba por todos los mundos la sinceridad de su eterno cariño, i escusado es decir que la niña no quedaba atrás en materia de promesas.

Después de un prolongado beso, cuyo ruido llegó a oídos de la vieja como saeta de fuego, i después de prometerse cita para la noche siguiente, los amantes abandonaron la gatera.

La astuta vieja no dijo una palabra i ántes bien se mostró con su hija lo mas cariñosa posible.

Llega por fin la suspirada noche.

Se acuesta la niña i la vieja hace otro tanto.

Después que cada una de ellas, buenas o malas, rezó sus oraciones, se espresó la madre en los siguientes términos:

—Juanita, sé que el maldito *gringo* ha de venir esta noche a verse con usted por la gatera, como lo ha estado haciendo en todas estas noches pasadas. Pues bien; si quiere usted que no arme un escándolo i le perdone todas sus faltas, usted no se moverá esta noche de su cama ni meterá ningun ruido. Lo demás corre de mi cuenta.

—Cumpliré sus deseos, mamita; pero considere...

—Eh! no caben consideraciones i cállese usted!

Se mató la luz i todo quedó en perfecto silencio.

Una hora después se oye en el sitio acordado para la cita algo como el rasguño de un gato.

—Esa es la señal, dice la beata, i levantándose en camisa se dirige a la gatera en medio de la oscuridad.

Rasca la vieja la puerta por el lado de adentro, i entónces el inglés, con voz mui queda i creyendo hablar con la jóven, le dice:

—*Mi querer el besito ante de jabla con vostè.*

Inmediatamente la maldíta vieja levantándose la camisa atraca a la gatera sus arrugadas posaderas i hace que el inglés le deposite un apasionado beso medio a medio del as de oro.

El amante retiró la cabeza con súbita violencia, i comprendió que no habia posado sus labios ni sobre violetas, ni sobre claveles, i ni aun sobre ramas de rudas, i no estornudó porque no le convenia estornudar en esos momentos.

La vieja, imitando la voz de su hija, le dice entónces:—“¿Por qué ha sido tan corto el besito?”

—*Mi creer*, le responde el inglés todo desabrido i escupiendo largo, *que rosté, Juanita, estar en este momento con todas las mulas picadas o con estómago malo.*

Una carcajada de vieja lanzada en el interior vino a manifestar al amante su terrible percance.

La historia evidentemente continúa, pero la crónica que me dá estos datos, desde este punto está destruida por las ratas, lo que verdaderamente es una lástima.

